

En los noventa años de Picasso

Disto mucho de ser el troyano Paris; mi padre fue médico rural, no rey de Ilión, mi madre no fue Hécuba, sino una buena mujer española, y mi vida no ha transcurrido en las dulces umbrías mitológicas del monte Ida, ni entre dioses y semidioses, sino sobre esta tierra de Iberia, tan pocas veces dulce, y entre hombres que en ocasiones, es verdad, creen ser dioses por dentro, pero que casi siempre son violentamente humanos por fuera. Nuestro tiempo, por otra parte, es tiempo que prefiere romper mitos a conservar y cultivar mitologías: el mito romántico de la Luna ha quedado deshecho bajo las botas de los cosmonautas, el dulce mito del corazón está desapareciendo entre los guantes de los cirujanos y el mito optimista de la natural bondad del hombre ha sido cien veces pisoteado y aplastado en nuestro siglo por los campos de concentración, los intentos de genocidio, los tiros en la nuca y la tortura física y moral desde el poder. Pero esto tiene la mitología cuando es buena, que puede metafóricamente aplicarse hasta en las situaciones más desmitificadoras y más desmitificadas; y esto tiene la imaginación del hombre, que incluso desde la Celtiberia del siglo XX, puede llevarle a uno a ser no sólo el troyano París, sino, en cierto modo, hasta el mismísimo olímpico Zeus.

A ello, pues. Convertido por unos minutos en correveidile del soberano del Olimpo voy a satisfacer hoy un capricho suyo: reco-

rraré con la memoria lo que va de este siglo nuestro, más de sus dos tercios ya, y elegiré entre los miles de millones de hombres que durante él han poblado este planeta los tres que mejor puedan representar a todos. Y puesto que el correveidile soy yo y Zeus me ha dado carta blanca, una cosa haré, antes de proceder a tal selección: excluir de ella a todos los que hayan conseguido su grandeza a costa de la sangre ajena. Si Zeus no queda luego contento, que me sustituya y busque a otro para quien el vaho de la sangre humana sea cosa grata. Tres grandes hombres, tres creadores incruentos capaces de llevar con su obra ante el hijo de Cronos el tan inmenso y tan discorde sentir de los terrícolas del siglo XX. ¿Quiénes podrán ser? Pienso en silencio unos minutos, miro una tras otra las distintas actividades del ingenio humano, mé siento un poco agobiado ante la gran copia de nombres y figuras que danzan y danzan ante los ojos de mi alma, y por fin me quedo con tres: Alberto Einstein, Charlie Chaplin y Pablo Ruiz Picasso. Considero luego con calma mi decisión y la encuentro buena: sí, éste puede ser muy bien el trío de nuestros representantes. Llevo a Zeus los tres nombres, y el olímpico los acepta con una sonrisa tan ancha y mayestática que casi me da miedo; porque tal es el efecto que a nosotros los mortales nos produce el sonreír de los dioses.

Algo más, sin embargo, quiere Zeus de mí. Sin necesidad de ir al Museo del Prado y pasar por las salas de Rubens, a su memoria sin ribera y sin sombra ha venido el recuerdo de un suceso que antaño tanto le divirtió, aquel juicio en que el troyano Paris hubo de preferir una entre Atenea, Hera y Afrodita, y me encarga que entre mis tres seleccionados yo, pobre de mí, elija el que me parezca más digno de ostentar por sí solo la fabulosa representación que los tres comparten. La manzana de oro de aquel lejano trance mitológico llevaba en torno a sí esta inscripción: «Para la más hermosa». El diploma que Zeus quiere entregar ahora al elegido —en estos tiempos nuestros tan desmitificadores como mixtificados, hasta en

el Olimpo ha sido sustituido el oro por el papel— dice así: «Para el hombre más representativo del siglo XX».

Dura elección. Ahí están ante mí los tres, uno tan muerto de cuerpo como vivo de obra y fama, los otros dos vivazos y coleando—vivitos no es palabra que les convenga— por este planeta de sus triunfos; ahí están Alberto Einstein, Charlie Chaplin y Pablo Ruiz Picasso. ¿A quién conceder el olímpico diploma, de quien deberá ser este mega-Nóbel premio de nuestro siglo?

Alberto Einstein: el hombre que ha cambiado nuestra imagen del universo; el sabio que, como una vez dijo Ortega, podía permitirse el lujo de pasear por el mundo llevando colgados de la cadennilla de su reloj, a manera de dijes, todos los signos del Zodiaco; el titán del pensamiento que con sólo unos cuantos signos escritos sobre su libretita de trabajo puso en las manos de la humanidad esa colosal y hasta entonces inédita fuente de energía que hoy todos llamamos «atómica». Alberto Einstein: sin la menor duda, un enorme candidato.

Junto a él, la figurita de Charlie Chaplin, el Charlot de los franceses y los españoles, el Carlitos de nuestros hermanos de América, en este caso más hispanohablantes que nosotros. ¿Necesitaré decir que son incontables los hombres que le darían su voto? Varias razones abonan su posible elección. En primer término, el magno don que a todos, sin distinción de raza, país, sexo o edad, con tanta largueza ha sabido y querido hacernos: el don inestimable de una risa tan radical e integralmente humana, que siempre ha llevado en su seno vetas de la más fina melancolía. Y por añadidura, el haber sido símbolo visible y penetrante de dos enormes y actualísimas realidades universales un ansia de libertad más allá de la máquina y el poder y una afirmación de la vida más fuerte que el dolor y la desesperación. Recordar «Tiempos modernos», «El dictador», «Candilejas». Otro gran candidato, ciertamente, es Charlie, Charlot o Carlitos.

Al lado de Alberto Einstein y Charlie Chaplin, Pablo Ruiz Picasso. ¿Con qué títulos? ¿Sus descomunales, casi increíbles dotes de pintor? Por supuesto. Pero sobre ellas, dándoles significación universalmente representativa, lo que con ellas ha querido y ha sabido decir de todos los hombres y a todos los hombres que en este siglo nuestro estamos poblando la Tierra; y apurando más el análisis, de los hombres todos.

Con sus incesantes cambios de estilo, técnica y tema, ha dicho de todos nosotros y nos ha dicho a todos, con figuras y signos que no necesitan de traducción simultánea, porque abiertamente la llevan en sí mismos, no sólo que nuestro mundo está en profunda y no resuelta crisis, verdad hoy tópica, aunque hartamente menos tópica cuando él como pintor comenzó a sentirla, allá entre 1905 y 1910, sino que la inquietud —una inquietud más zubiriana que agustiniana: **qui potest capere, capiat**— es una de las notas radicales y constitutivas de la existencia terrenal del hombre.

Con la indudable pretensión de totalidad que tan evidentemente muestran la materia y la forma de su pintura —todos los temas, todas las técnicas, todos los estilos, todos los puntos de vista, todos los aspectos visivos de la realidad misma, todos los talentos del alma...; todo, todo, todo, todo, todo—, ha proclamado pictóricamente que, bajo el vértigo y la corteza de nuestra vida diaria, una inabdicable pretensión de ser de alguna manera «todo», de ser «todo» al modo humano, constituye un ansia arraigada en lo más secreto de nuestro ser; con tanta fuerza arraigada, que sin saberla de alguna manera satisfecha no puede el hombre sentirse completo, no puede ser real y verdaderamente feliz.

Con su entrañable y reiterada preocupación de pintor-hombre por uno de los máximos y más centrales temas de nuestro tiempo, el insondable, pero en alguna manera combatible problema del dolor no merecido —por un lado, el sufrimiento en uno mismo de un dolor

no merecido, ved con la memoria sus arlequines, sus familias circenses, muchos de sus niños, recordad la tristeza metafísica de esa **Mujer que plancha**; por otro, la crueldad de producir en los demás un dolor no merecido, ahí están su **Guernica** y su **Corea**—, Picasso, en fin, ha puesto ante los ojos de todos el nervio más universal y unificante de la ética de nuestro siglo; o, mejor aún, de todas las almas de este siglo para las cuales las palabras «hombre», «dolor» y «ética» no sean meros tañidos de címbalo, dichas las cosas a la fuerte manera antigua de otro Pablo, el de Tarso.

Alberto Einstein, Charlie Chaplin, Pablo Ruiz Picasso. ¿Cuál elegir entre ellos como hombre más representativo del siglo XX? Después de muchas dudas, mi preferencia se inclina hacia el tercero, hacia el malagueño-coruñés-barcelonés-parisiense-provenzal-planetario Pablo Ruiz Picasso. Sí: resueltamente, su nombre es el que yo voy a poner ante los ojos inmensos, pluscuampicassianos, transpicassianos, del olímpico Zeus. ¿Me lo aceptará? Así lo espero. Pero lo cierto es que, decida él lo que decida, yo me quedaré muy tranquilo, porque con ese nombre le habré llevado la verdad de muchos, de muchísimos hombres de hoy y —por supuesto— mi propia verdad.

Pedro Laín Entralgo